

El Hombre y su Paradoja

...“El delito mayor del hombre es haber nacido...”

Calderón.

He aquí la gran paradoja: no hay un hombre, porque todos lo somos demasiado. Si hoy tornamos a recorrer nuestras plazas intelectuales, —máxime entre los católicos— con la linterna del cínico griego, volveríamos a encerrarnos en la desesperación, porque no hay un hombre, el hombre preciso, el del momento, el de hoy. Ese hombre perfectamente encuadrado en las cartesianas del tiempo y del espacio, el que se acepta a sí mismo como es, y a su tiempo como el marco de su retrato.

Y la raíz es que somos demasiado hombres. “El delito mayor del hombre es haber nacido”. Nadie es de su tiempo, porque es esencialmente temporal.

Hemos oído y repetido hasta la saciedad, —creyendo tal vez ser originales— que el hombre es perpetua lucha y abrazo —en paradoja de amor belicoso— entre el espíritu y el barro, el cielo y la ciénaga. En una palabra —omitendo la poesía—: es un compuesto de cuerpo y espíritu.

Y he ahí el gran defecto del hombre.

El ángel, porque es sólo ángel, sin nacimiento —sólo creación— en su origen, y con un límite eterno en el fin de su existencia, es de siempre y de cada momento. “Aeterniss —dice Boecio— est perdurabilis vitae tota simul et perfecta possessio”. La vida de la eternidad es un momento exhaustivo y simultáneo. Por eso el genio ha querido acercarse siempre a la intelección del ángel, como indicaremos más abajo.

Pero el hombre ha nacido. El hombre es y será siempre el compuesto de una creación y un nacimiento. El árbol de su cuerpo retuerce las raíces en lo más hondo de la historia, en el mar de la leyenda, en la savia del primer manzano paradisiaco. Pero de este tronco añoso y excéntrico, nacen otras ramas no menos exóticas —y ciertamente más largas que las raíces adamíticas— que se hunden, como inmensas antenas del insecto apresado, en los espacios azules del futuro y de lo eterno. El hombre como espíritu dice eternidad, futuridad, anhelo de un mañana, despreciador del hoy, que es su cárcel; y el hombre como tierra, dice historia y ceniza de tumbas, ruinas y savias de leyenda. Dice un ayer que —por desconocido— es más apetitoso que las angustias del hoy. Y he ahí ese péndulo, que en su continuo vaivén de tiempos, no se detiene en el momento de su realidad, aunque él mismo, es quien la numera.

No hay un hombre porque todos lo somos en demasía. En unos domina el ideal, el sueño del azul y la ambición de ser eterno. “Me destierro a la

posteridad" —decía Unamuno, el Quijote del ensueño. Y otros se destie-rran a la Edad Media, para soñar romanticismos.

Y el que quiere ser de hoy no lo puede conseguir. Porque el ser hom-bre sería salir de la humanidad para ser niño discolo, que sufre los azotes de los hombres graves y ecuánimes. Es preciso ser héroe para salir de su propio querer, y ser loco para adoptar el principio de contradicción como raíz del ser; pero es preciso ser santo para ver su heroicidad tachada de locura, y gozarse, no obstante, en su ridículo. Hay que renunciar a la ala-banza de los graves, que lo son, porque son graves, es decir, pesados, dado el peso de su cuerpo nutrido, de historia y de pergaminos que ahogan, como una enredadera los pocos pétalos de su espíritu. Son los hombres del reloj de arena parado allá en el siglo XVI o en los albores de la Re-conquista. Para ellos echarse en la corriente del hoy es despeñarse, pasar, morir en el mar del olvido. Sólo permanece el ayer... ¡que ya pasó hace muchos siglos!

Pero además hay que negar nuestro propio ser.

Algunos no son de hoy, porque son los hombres de la fe, y creen en el mañana. Quieren ser los hombres que no mueren, los hombres que comienzan a vivir después de muertos. Y su eternidad consiste en el bron-ce de una estatua o en la firma carcomida de un libro. Aspiran a que los hombres futuros, al pasar junto a sus ruinas, digan: Esta columna trunca-da —según dice la leyenda— tuvo un día corazón".

Por eso el hoy se nos va de las manos. Porque —es paradójico— el hoy existe. Todos esos hombres que luchan contra el momento presente son los que hacen el presente. Ellos mismos, como el buitre de la fábula, se van comiendo el hígado para que les vuelva a nacer, se alimentan de su propia destrucción.

El genio es el que marcha de frente, siendo de mañana, porque es de hoy. Es de hoy porque es eterno, y es eterno porque es de su tiempo. La eternidad es un presente... pero un presente que no se acaba.

Y he aquí el porqué de ese afán de ángel que han tenido todos los genios, como distintivo de casta. Su entender ha sido intuición, es decir, captamiento del instante fugaz en la fugacidad de ese instante. No ha sido un discurso por principios, ni deducciones basadas en prioridades lógicas. La prioridad es historia, aunque sea historia lógica.

Bergson nos dice que no somos artistas, o mejor, que el artista es raro —lo mismo podríamos decir del genio en los otros ramos: comercio, política... — porque nos hemos acostumbrado a vivir. "Si nous pouvions entrer en communication immédiate avec les choses et avec nous mêmes, je crois bien que l'art serait inutile ou plutôt que nous serions toujours artistes". Nos hemos acostumbrado a ver las cosas con los ojos de la his-toria y no pensamos con nuestro entendimiento sino con el de nuestros abuelos. El más poeta suele ser el niño —y el más genio y el más feliz— porque aún conserva fresco el rocío de la primera creación. El niño que ve por primera vez las cosas, sin haberlas aún clasificado, y mira las ma-riposas, y los peces de colores, y el correr de la fuente y la esfericidad de las piedrecillas del camino. El niño que ve las cosas como son y aún no les ha puesto la etiqueta de la historia. El niño vive en el presente. Y cuando duele el azote, llora, para volver a jugar después con los añicos del cristal que ha roto. No es pues sorprendente la coincidencia de la in-genuidad con las mayores obras del arte, Macaulay llega a afirmar que está en proporción directa con la infancia de un pueblo.

He ahí el gran secreto del arte griego. Grecia es el alma joven. "Aquel que en Delfos contempla la apiñada muchedumbre de los Jonios —dice uno de los himnos pindáricos— se imagina que ellos no han de envejecer jamás".

Dice Enrique Rodó:

Grecia hizo grandes cosas porque tuvo la juventud. El sacerdote egipcio con el que habló Solón en el templo de Zeus, decía al legislador ateniense, compadeciendo a los griegos por su volubilidad bulliciosa: "No sois sino unos niños". Pero de aquel juego de niños sobre las playas del Archipiélago, y a la sombra de los obeliscos de Jonia, nacieron el arte, la filosofía, el pensamiento libre, la curiosidad de la investigación, la conciencia de la dignidad humana, todos esos estímulos de Dios que son aún nuestra inspiración y nuestro orgullo. Absorto en su austeridad hierática el país del sacerdote representaba en tanto la senectud que se concentra para ensayar el reposo de la eternidad y aleja con desdenosa mano todo frívolo sueño. La gracia, la inquietud están proscritas de las actitudes de su alma. Y cuando la posteridad vuelve sus ojos a él, sólo encuentra una estéril noción del orden presidiendo al desenvolvimiento de una civilización, que vivió para tejerse un sudario y para edificar sus sepulcros: la sombra de un compás tendiéndose sobre la esterilidad de la arena".

Y notemos en este párrafo que no condenamos al raciocinio, ni aún siquiera a la historia, sino el modo de concebirla. Pensar, pero como piensa el niño. Ese es el secreto de la filosofía de Suárez que busca la razón de las cosas en las mismas cosas haciendo sistema, por haber despreciado el hacerlo. Más aún; esa perpetua curiosidad del por qué es lo que dió el ser a la filosofía.

El Hombre para ser "el hombre" ha de dejar de ser "hombre" abstracto. El menos hombre entre los hombres, el niño es el símbolo de esa negación afirmativa. Aquí también "el que no se hace como un niño, no entra al reino de los cielos". Este es el origen de las tendencias vanguardistas de las escuelas modernas. Esto pretende el Dadá, el surrealismo, el expresionismo: salir de sí, hablar como en sueños, trenzar las incoherencias que son la expresión primigenia del alma. Y así captar el momento presente en toda su actualidad, como es, no como lo pensamos o como lo discurremos. La gran culpa que no se les puede perdonar es que han negado el reconocimiento a nuestra religión, religión de juventud, con el aroma fresco de una eternidad divina siempre actual.

Jaime DURAZONA.